

SOBRE LA VALIDEZ Y LA ACTUALIDAD EN LA COMPRENSIÓN SOCIOLOGICA DE LA POLÍTICA.

Dra. Xiomara Martínez¹
mxiom1@gmail.com

Sheldon Wolin, en un texto escrito en 1960², afirmaba que “la validez de una idea no puede ser separada de su efectividad como forma de comunicación”. Con esta frase el autor, además de recordarnos que las ideas y conceptos elaborados durante siglos no deben verse como una reserva de sabiduría absoluta, sino como “una gramática y vocabulario en continua evolución, destinado a facilitar la comunicación y orientar la comprensión”; también resalta la idea de que esta *historicidad* del pensamiento no significa en lo absoluto que “el legado de ideas contenga sólo verdades de validez apenas pasajera.” Como el mismo Wolin indica en ese texto: “el pasado nunca es totalmente sustituido, sino que se le recupera constantemente en el momento mismo en que el pensamiento humano parece ocupado en los problemas peculiares de su época.” Y cita, a propósito de su planteamiento, aquellos bellos y enigmáticos versos de Elliot que, a su juicio, contendrían la moraleja de su pensamiento:

*Quizá el pasado y el presente
estén presentes en el futuro,
y el futuro contenido en el pasado.
Si todo tiempo está presente eternamente,
todo tiempo es irrecuperable.
...y no llaméis inmutabilidad
al punto en que el pasado y el futuro se reúnen...*

Desde esta perspectiva, existe un “horizonte especulativo” que limita a cada pensador, y sin que ese pensamiento deje de ser, de esta cierta forma, “limitado”, no se

¹ Doctora en Ciencias Sociales, Directora del Centro de Investigaciones Postdoctorales (FACES-UCV), Coordinadora del Programa de Estudios sobre Socialidad y Subjetivación Política (CIPOST). Profesora del Doctorado en Ciencias Sociales y de la Escuela de Sociología (FACES-UCV). PPI-III.

² Sheldon Wolin, **Política y Perspectiva. Continuidad y Cambio en el Pensamiento Político Occidental**. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1993. P.36.

pueden ignorar las respuestas originales y creativas que hayan tenido lugar en dicho planteamiento teórico. Originalidad que puede aludir, entre otros aspectos: 1) a la propuesta de un ángulo distinto desde donde enfocar las experiencias, 2) a la presentación novedosa de antiguas cuestiones, y 3) a la liberación y rebelación contra modos de pensar establecidos, así como el plantearse la necesidad de repensar las experiencias en cuestión.

En tal sentido, *la novedad*, concluye Wolin, (cfr:33) “no es sólo función de los elementos efectivamente establecidos por un teórico”, sino que proviene de una doble vertiente que incluye “tanto lo que éste rechaza y omite silenciosamente, en el plano de las premisas fundamentales unificadoras, como de lo que se propone como nuevo y diferente.”

En la preocupación por la adecuación entre pensamiento y proceso social, problema que hasta ahora sigue siendo vital –sustancial- de la teoría social, se destaca que la *validez* y la *novedad* son dos de las claves fundamentales para valorar la potencia y la capacidad teórica para *leer* –para vivir- los campos de problemas en los que está inmerso. Claves insoslayables, repetimos, en la medida en que *la validez* remite a la efectividad del pensamiento como forma de comunicación que crea y, a la vez, da cuenta de un mundo común vivido; y también en la medida en que *la novedad* nos diga de las reconfiguraciones que entonces sufren los sistemas conceptuales y que se expresan tanto en las “herencias” latentes y/o manifiestas que contiene ese pensamiento, como en aquello que efectivamente pueda considerarse “nuevo” u original.

Con esta misma preocupación, señala Roberto Esposito, en su texto **Confines de lo Político**³, que los problemas más intensos son aquellos que, justamente, recurrentemente están presentes en el léxico filosófico-político occidental; y que cuando más gastadas aparecen esas palabras, cuanto más demandan su *reconfiguración*:

...quizás sea mejor una concepción de la contemporaneidad de los problemas que no coincida con su recambio estacional. Ningún problema [...] nos pertenece más intensamente que aquellos que han sido pensados `desde siempre. Ninguna palabra es más nueva –en el sentido de descubrimiento y sorpresa– que las que arrastran la responsabilidad de una larga historia: incluso cuando aparecen desgastadas por el tiempo o extinguidas por un consumo irreflexivo. Es justamente entonces cuando requieren un nuevo planteamiento y una más calibrada inversión de pensamiento. Naturalmente, con tal de que [...] se presten a una suspensión, a una especie de epoché del normal circuito comunicativo y estén dispuestas a una radical conversión semántica [...] Es como si, interrogadas desde un ángulo de visión situado a sus espaldas, mostrasen todo un lado en sombra, una reserva de sentido, un perfil impensado y, justamente por eso, abierto al pensamiento. (:14)

En tal sentido, la validez de las propuestas teóricas estaría en correspondencia, como también plantea Anthony Giddens⁴, con el hecho de que...”nos hablen de algo que aún se considere pertinente (...) que se les puede leer y releer, y constituyan un foco de reflexión sobre los problemas y las cuestiones de la actualidad”. En otras palabras, continua Giddens, es una validez que no tiene que ver simplemente con un tipo de conocimiento acumulativo (que pudiera atribuirse a la ciencia natural) sino que remite, especialmente, a un compromiso reflexivo, *actualizante*, –actuante y actual- de la teoría social con la constitución histórica de las acciones humanas. Esta última

³ Madrid, Editorial Trotta, 1996.

⁴ A. Giddens, **Política, Sociología y Teoría Social, Reflexiones Sobre el Pensamiento Social Clásico y Contemporáneo**, Barcelona, Paidós, 1998, P.16

afirmación contiene, a su vez, una problemática que resalta el carácter histórico-contingente de las teorías, en la medida en que éstas sean entendidas como lecturas particulares de algo también particular (y por ello, también históricas) de lo real social. Hasta aquí no hay nada especialmente novedoso.

Con fines de ilustrar esta última afirmación, me gustaría recordar aquel planteamiento que hizo a Weber “anotarse” en la propuesta de la *sociología comprensiva* y en el *Individualismo Metodológico*. Esto es, en las siguientes ideas: 1) que no existen -a priori- principios de causalidad únicos y universales, y 2) que la naturaleza histórica de las acciones humanas es de ese modo, precisamente, por esa peculiar y abierta multiplicidad y heterogeneidad de adjudicación de sentidos de la acción. Cuestión que ya se esbozaba en la propuesta marxiana contenida, por ejemplo, en las *Tesis sobre Feuerbach*, donde Marx plantea que si bien, de acuerdo con la teoría materialista de Feuerbach, los hombres son producto de las circunstancias, estas circunstancias se hacen cambiar precisamente por los hombres⁵.

Hasta aquí hemos tratado de ejemplificar la cuestión de las “actualizaciones” de las propuestas teóricas, actualizaciones que estarían revelando (no aún, sino otros)

⁵En uno u otro caso, el de Weber y el de Marx, me atrevo a suscribir, en primer lugar, el planteamiento de Griselda Gutiérrez Castañeda, quien refiriéndose a Weber y su concepción de un mundo sin sentido propio, sin sentido inherente a las cosas y a las acciones, sino construido por nosotros mismos, afirma que “la tesis de la producción de sentido es un punto decisivo, y en ello Weber es claramente un postilustrado, lo cual es sólo explicable por el concepto de racionalidad que sustenta”. ...”Weber se sitúa en un horizonte epistemológico postilustrado, al rechazar el paradigma de la racionalidad clásica y su concepto de ‘Razón’ apriorístico y necesario -lógica y ontológicamente hablando-, pero también la versión historizada de este mismo concepto ‘necesario’” (**Democracia Posible. El Diseño Político de Max Weber**. México, Ediciones Coyoacán, 1994, P.76.230). De igual modo, en segundo lugar suscribo la opinión de Giddens, quien se expresa con respecto a la pertinencia o actualidad de Marx en los siguientes términos: “Las contribuciones más duraderas de Marx, contribuciones que le aseguran un lugar entre los ‘clásicos’, y que hacen que se pueda continuar dialogando con él, radican en su análisis del orden industrial capitalista, al que atribuyó erróneamente una corta duración”. Anthony Giddens, ob.cit. P.22. En esta misma línea de posible actualización del marxismo, véase: Anibal Qijano “un fantasma Recorre al Mundo” en **Rev. Estudos AvanÇados**, Universidad de Sao Paulo, N° 34, Vol. 12, Setembro-Dezembro, 1998. PP.77-82.

criterios de novedad y validez de las concepciones tradicionales. Debo aclarar que esta “actualización” nos recuerda que ningún cuerpo teórico se conserva en un frasco con formol, inalterado y en toda su pureza, y así, supuestamente, podría seguir dando cuenta de toda realidad que se haga y se(a) presente. Antes bien, estamos aludiendo en cierto modo a “lo que estamos deviniendo, a nuestro devenir otro” (para usar palabras de Deleuze y Guattari en **¿Que es la Filosofía?**⁶, a propósito de este concepto en Foucault. Se trataría de “recapitular los planteamientos en cuestión, e instalarnos en ellos como en un devenir, rejuvenecer y envejecer dentro de ellos, pasar por sus componentes o singularidades”. Todo ese trayecto que es un devenir-otro, justamente, porque cuando retomamos un planteamiento, no sólo estamos afectados, afectándonos por él, sino que, a la vez, lo afectamos con las preguntas propias que le hacemos, con la requisitoria a que le sometemos, con el mundo con el que le contrastamos, con la sensibilidad con que le tocamos, con el color y con el horizonte de la mirada con que lo miramos...

Podemos entonces decir que en la actualización de un cuerpo teórico se cruzan constantemente dos planos de la reconstrucción hermenéutica que implican, por un lado, nuestro propio modo de comprensión de una propuesta teórica, que se expresa como proceso de aproximación sucesiva a ese autor, sin saldar nunca la brecha que de él nos separa. Y por otro lado, cómo ese autor contribuye, desde nuestra propia reconstrucción de un campo de problemas, en eso que Negri y Hardt llaman la “sinergia para hender y atravesar las cosas” (:27). De tal modo, pues, que la novedad y la validez de cualquier teoría, parece estar más en función (cosa a la que creo se refería justamente Wolin) de las posibilidades y alcances de su actualización, de su cobertura para seguir dialogando

⁶Barcelona, Anagrama, 1993. PP113-114.

con nosotros, y no con una especie de retomar ontológico y ahistórico de su “presente” que ya dejó –o está-dejando- de ser.

Y en este punto quiero introducir una segunda problemática, a propósito de las ideas de novedad y validez de las propuestas teóricas, de adecuación entre el planteamiento teórico y los procesos sociales. Se trata precisamente de un tema que ha ocupado un lugar privilegiado en los debates recientes más importantes. Esto es, lo alusivo a la reinterpretación de la sociedad contemporánea, sus recorridos presentes y a futuro. Creo, al igual que Giddens, que uno de los principales síntomas del cambio son los desplazamientos terminológicos, como símbolos de los movimientos en las orientaciones intelectuales:

Mientras que hace unas décadas la mayoría de las discusiones se centraban en las nociones de ‘sociedad industrial’ o ‘capitalismo industrial’, ahora la terminología que más se utiliza es la ‘modernidad’ (o ‘posmodernidad’). No hace mucho, sólo se hablaba de ‘sociedad industrial’ contra ‘capitalismo’. La diferencia entre las dos se correspondía en términos generales, con la oposición entre sociología ortodoxa y sociología marxista. Aludir al ‘capitalismo’ no significaba simplemente identificar un tipo particular de sistema socioeconómico, sino que implicaba el reconocimiento de que el capitalismo podía, o debía, ser superado por el socialismo. Los defensores de la noción de ‘sociedad industrial’, en cambio, desde Saint Simon, pasando por Dahrendorf, Bendix y Lipset, disponían ya de su propia versión del fin de la historia -y, explícitamente, del fin de la ideología. Para ellos, ‘sociedad industrial’ era una noción más inclusiva que ‘capitalismo’, que se encontraba subsumido en la primera; y el industrialismo había creado un conjunto de instituciones que hacían que las aspiraciones de los socialistas resultaran vanas o peligrosas. (:21)

En esta segunda problemática apunto, más que al interés, deseo, motivación, inquietud o búsqueda personal del teórico *que dialoga con otros*; a ese “objeto” o realidad que en definitiva reconstruye *–la subjetividad que revela–* con independencia

de las “conscientes” o no voluntades, deseos, percepciones, etc., individuales. Como dice Renato Ortiz⁷:

El hecho de que hoy se tenga tan claro, como nos enseñó Foucault, que todo discurso es producido a partir de un determinado lugar implica tomar conciencia de ese lugar y de los modos de producción de los saberes.

En otras palabras, estaríamos aludiendo al propio límite de un cuerpo teórico que abarca algunas otras determinaciones –como *nueva* ruptura o desplazamiento teórico-, pero que al mismo tiempo se muestra incapaz de abarcar otras realidades, otras determinaciones, otras lógicas, otras racionalidades, imposibles de responder, articular, desde sus territorios (allí donde ya no es posible continuar comunicándonos). Desde aquí es indudable que estamos asistiendo a nuevas -otras- determinaciones, dinámicas de lo real, que nos demandan inapelablemente, como plantea Alain Touraine en su texto *¿Podemos Vivir Juntos?*⁸, que hacen imperioso “preguntarnos por la calidad de nuestra propia mirada y por lo tanto de los instrumentos de conocimientos que empleamos para percibir el mundo que nos rodea y percibirnos a nosotros mismos” (:22). Este es, a nuestro juicio, una problemática crucial que no sólo alude a los posibles “acoplamientos”, sintonías, correspondencias, entre la lectura teórica y la “realidad” -por decirlo así-, sino también a la cuestión del sentido -de los sentidos- que teje y se teje en toda comprensión del mundo y hacer de la vida humana. En palabras de Pierre Bourdieu⁹:

⁷ **Taquigrafiando lo social**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, S.A., 2004, p. 139.

⁸Buenos Aires, FCE, 1997.

⁹ **El Oficio Científico, ciencia de la ciencia y reflexividad**, Barcelona, Anagrama, 2003.

Las ciencias sociales son unas ciencias como las otras pero tienen una dificultad particular, dificultad que hoy veo con más claridad; me parece que para completar el proyecto científico de las ciencias sociales es necesario dar un paso adelante, un paso que las ciencias de la naturaleza pueden obviar. Para revelar lo oculto, lo que escapa de la mirada de la ciencia, porque se esconde en la mirada del científico, lo inconsciente trascendental, es necesario historizar al sujeto que conoce, objetivar al sujeto de la objetivación, esto es, lo trascendental histórico cuya objetivación es la condición de acceso de la ciencia a la conciencia de sí, o sea, al conocimiento de sus presupuestos históricos.

La interrogante por la calidad de la mirada, como posibilidad de re-interpretación de la sociedad contemporánea, está cruzada por ese especial énfasis, por ese “ojo del huracán”, que supone el reconocimiento de la “crisis de la Modernidad”. No es casual, precisamente, que citáramos en extenso a Giddens, quien resalta los movimientos o desplazamientos terminológicos, vinculados a los propios desplazamientos en las orientaciones intelectuales: ya no se habla más de “sociedad industrial”, ya no más “capitalismo”, uno y otro bandos parecieran quedar en desuso, a favor de la emergencia de los términos que impone el debate modernidad/posmodernidad. De entrada, los temas parecen ahora ser otros, y el interés del conocimiento, igualmente otro u otros. En todo caso, el sólo hecho de que estemos en presencia, constatando este cambio, ya dice mucho¹⁰.

¹⁰ Destacar el asunto de los cambios terminológicos en un autor como Giddens nos parece, repetimos, importante. No obstante, no consideramos pertinente su apreciación de que la superación de la distinción entre *izquierdas* y *derechas* se corresponda con la propia superación de las bipolaridades sociales. Muy por el contrario, la trascendencia de la “modernización simple” induce de manera inapelable a una reconfiguración de la comprensión misma de las relaciones de poder que (se) estructuran las sociedades capitalistas postindustriales contemporáneas. Sobre este aspecto, nos parecen acertados los señalamientos de Chantal Mouffe en su texto: **La Paradoja Democrática**, Barcelona, Gedisa, 2003, p.31 y pp.129-138.

Para sólo mencionar, por ahora, un aspecto de este cambio, parece indudable que esa “antigua” terminología tenía mucho que ver con esa plena expresión de la episteme moderna, aquella alusiva a un principio de causalidad fuerte, único dinamizador, o por lo menos de una gran exclusividad, de la dinámica societal. En este caso, ambas expresiones: capitalismo y sociedad industrial tienen sin dudas como referencia básica a la dinámica económica. (Entre paréntesis, no me parece para nada desacertado hacerse preguntas tales como: si el “desuso” actual de ese término se corresponde realmente con la pérdida de importancia de esta dinámica económica en el mundo contemporáneo; u otra pregunta: ¿si realmente ni siquiera en el siglo XIX tuvo la importancia adjudicada? y, así, podríamos continuar con preguntas y no despachar rápidamente el asunto, ahora con una suerte de ideología también de la “muerte de la modernidad”). De hecho, y volviendo al punto de los cambios terminológicos, la agudeza teórica, su pertinencia, sigue siendo aquella que se sustenta en su carácter y potencialidad abarcante para dar cuenta de lo real y su naturaleza paradójica, en lo que este tenga de uniforme y de plural, de homogéneo y de múltiple, de fragmentario y totalizante, de asible e inasible, de certeza y de intuición, de legitimidad y de desacuerdos, o de lo que sea.

Y también, de constataciones sintomáticas o flagrantes del poder, de las asimetrías, de las exclusiones, de las desigualdades: en aquello que, en definitiva, constituye el núcleo de interés, o más que eso, lo realmente vital -determinante de todos estos asuntos que nos conciernen- que somos nosotros mismos, los seres humanos, quienes incluso allí y más allá de esa suerte peculiar que nos marca genéticamente en la individualidad, nos constituimos en plural -en *diferencia*- con los otros¹¹. Así como

¹¹Desde lo más vital-elemental o más maravillosamente contingente en lo aleatorio, que es la fecundación de una nueva-otra- vida, que se hace, al menos, desde dos biológicos distintos.

también nos constituimos en plural, por ejemplo, para y en la sumisión al poder, que, como dice Pierre Bourdieu¹²: “es fruto del acuerdo entre las estructuras cognitivas que la historia colectiva (filogénesis) e individual (ontogénesis) ha inscrito en los cuerpos y en las estructuras objetivas del mundo al que se aplican”.

En todo caso, y hasta ahora, aquello definitivamente trascendente es, justamente, ese plexo complejo que nos hace con y entre los otros, incluso, contra los otros: desde la “antigua” terminología, estaríamos aún hablando de las *relaciones sociales* y sus múltiples expresiones, desde aquellas que constituyen los planos más simbólicos y abstractos de las representaciones sociales, afectivas, estéticas, éticas, pasando por campos y niveles institucionales, que son, al mismo tiempo, todas, relaciones simbólicas, estructuras cognitivas que construyen al mundo social y sus principios de visión y división que contemplan lo que podamos considerar más bello y bueno, hasta lo que nos parezca más abyecto y miserable.

En lo que por ahora nos concierne, ese cambio terminológico hacia el tema de la posmodernidad, más que una negación de la importancia de lo económico en la sociedad actual, o que ya no existiera el capitalismo como modo de relación social basada en la exclusión y la explotación económica a favor de la acumulación ampliada del capital y el sostenimiento de privilegios y beneficios para estrictas minorías y élites, en desmedro de la calidad de vida en general, y el dramático y trágico deterioro de la ecología planetaria; es un cambio que en definitiva nos indica la crisis exacerbada de la época moderna y la emergencia de rasgos de otra en devenir.

(Por supuesto, aquí se nos mete, con la fuerza de un huracán, la cuestión de la clonación; cuestión que ya ha llevado a muchos a preguntarse por la reconfiguración de la individualidad y la socialidad en un posible mundo de clonados).

¹²Pierre Bourdieu, **Razones Prácticas. Sobre la Teoría de la Acción**, Barcelona, Editorial Anagrama, 1999, Pp.118.

Efectivamente, hay al menos dos elementos claves, señalados por Touraine¹³, que caracterizan inéditamente a las sociedades contemporáneas. Y son claves, justamente, porque tocan, hieren mortalmente, dos premisas básicas, definitorias de la modernidad: la idea de *Progreso* y la idea de *Sujeto*. A este respecto, señala Touraine que ello se evidencia, en primer lugar:

en la disociación creciente del universo instrumental, y el universo simbólico, de la economía y las culturas, y en segundo lugar, el poder cada vez más difuso, en un vacío social y político en aumento, de acciones estratégicas cuya meta no es crear un orden social sino acelerar el cambio, el movimiento, la circulación de capitales, bienes, servicios, informaciones...(:20).

Como vemos, estamos también ante una de las más coincidentes y reiteradas apreciaciones sobre la “edad global”, como inédita etapa que abre cursos a nuevas formas de la dinámica societal del mundo¹⁴. Y sin embargo, la pregunta sobre la novedad de este proceso globalizante sigue teniendo una gran pertinencia porque, como hemos dicho anteriormente, las afectaciones de esta tendencia sobre las dinámicas societales son innegables, porque lo que comienza presentado como simple ampliación de los intercambios comerciales y financieros, termina, hasta ahora, confluyendo en un progresivo deterioro de la autonomía de las economías nacionales¹⁵ y, con ello, hacia

¹³ Ob.cit, pag. 20.

¹⁴ Después, si se quiere, discutimos si ya no sería socialismo, ni capitalismo, ni sociedad industrial, porque no es éste, a nuestro juicio, el punto más afortunado para ubicar la novedad, ni desde las comprensiones teóricas del problema, ni desde el registro historiográfico del comportamiento de los indicadores y de las prácticas y relaciones económicas dominantes del mundo occidental. Y no es el más afortunado ángulo, entre otras razones, por las siguientes: primero, en cuanto a la racionalidad económica expansiva del capitalismo no hay novedad, y segundo, porque como ya han repetido muchos teóricos, es demasiado falaz leer mecánicamente la caída del bloque socialista como fin también del capitalismo y el advenimiento de una nueva -otra- “economía de mercado globalizada”, al margen de la racionalidad instrumental del capital (lo que no implica negar la existencia de nuevos polos y modalidades en los plexos de poder económicos, políticos, etc.), y tercero, que no se trata de una fatal determinación metafísica de la dinámica económica, en tanto que, en lo que ella respecta, la globalización expresa y se expresa en dinámicas dominantes en profunda tensión con las otras fuerzas tensionales de la sociedad.

¹⁵ Sobre las nuevas condiciones creadas por el capitalismo tras la crisis de los años setenta,

una fractura de los Estados nacionales. Por otra parte, esta tendencia de internacionalización económica refleja, como certera y agudamente ha señalado Touraine, un marcado proceso de disociación de la economía y las culturas como punto clave, que puede estar acompañada de la hegemonía creciente de una cultura global, pero que también está acompañada por la emergencia de identidades *no sociales* fundadas sobre pertenencias culturales (etnias, religión, creencias, género, costumbres, etc.). Afirmación que, si bien por un lado destaca: 1) el problema de cómo la globalización económica implica de suyo globalización de mercados y consumos que tiende, en consecuencia, a unificar los “estilos” de vida, es decir, intereses o necesidades promovidas y realizadas desde y en el mercado, a su vez fuertemente vinculado al auge de la cultura -y la publicidad- massmediática; del mismo modo y simultáneamente destaca: 2) el auge de una cierta “cultura global” que erosiona la moderna constitución de identidades a través de la ciudadanía (premisa básica del racionalismo moderno ilustrado), promoviéndose otros -múltiples- criterios identitarios alusivos a la definición de comunidades culturales, y en desmedro de la idea de sociedad racional.

En cualquier forma, todo parece indicar que la inflexión *novedosa* se ubica en ese punto en el que racionalidad económica, Estado y sociedad se disocian en tal medida en que se quiebra aquello que aparecía funcional para el desarrollo de la sociedad industrial moderna, es decir, una cierta racionalidad societal vinculante. En

conviene precisar, entre otras: 1) la mundialización práctica de la actividad económica, de todos los procesos productivos, con innumerables afectaciones a las economías y soberanías nacionales-estatales; 2) profundización de la brecha económico-productiva –y de calidad de vida- Norte-Sur; 3) intensificación y sofisticación sin precedentes y acelerada de la tecnología como capital y desplazamiento –sin retorno- del capital variable (fuerza de trabajo); organización hegemónica de la producción en “redes empresariales”, ubicándose los polos de investigación y desarrollo en los “centros metropolitanos del norte”; 4) se reconfigura la extracción de riquezas del Sur hacia el Norte, como “desterritorialización” de los nichos productivos, como apropiación privada, cada vez más concentrada de la “innovación social”; etc. (cfr.: Juan Ramón Capella, **Los ciudadanos siervos**, Madrid, Editorial Trotta, S.A., 1993, pp. 100-102.

tal sentido, producción racionalizada y libertad individual se remitían igualmente a la idea de sociedad nacional, cuyo eje político, el Estado democrático, aseguraba la integración de las exigencias económicas y las demandas sociales, de una sociedad nacional garante y expresión del bienestar colectivo. Todo indica que en la *edad global*, la desintegración de la sociedad, su fragmentación, institucionaliza nuevas conformaciones sociales “autonomizadas”, donde la episteme totalizante para pensar lo social pierde todo correlato empírico como principio regulador de las conductas.

Otra apreciación sobre la profundidad de los cambios y el carácter imperioso que adquiere la tarea de ajustar la mirada con dichas transformaciones, la proporcionan Cohen y Arato¹⁶, quienes señalan no sólo que estamos en presencia de una gran transformación en la autocomprensión de la modernidad, sino que también sugieren que este desplazamiento ya ha tenido como primeros resultados, la conformación de dos grandes líneas de análisis: unas que privilegian, desde el uso ambiguo de “sociedad postindustrial”, las preocupaciones económicas; otras, que desde la conceptualización de la *posmodernidad*, resaltan las determinaciones culturales de ese cambio. En la propuesta de Cohen y Arato se patentiza el doble deseo de volver a conectar liberalismo y democracia a partir de un reforzamiento del concepto de *sociedad civil*. Intento teórico que tiene como objetivo superar el fracaso contemporáneo de las mediaciones entre la sociedad civil (o sus actores), la economía y el Estado. Ello expresaría el desarrollo de una tercera línea de análisis que, con el privilegio de *lo político*, pueda trascender las antinomias o dicotomías de la lógica moderna de disociación Estado /Sociedad, al tiempo en que proporcione un nuevo paradigma para pensar –conservadoramente: sin ir “más allá o después”- las complejidades del mundo contemporáneo:

¹⁶ Jean L.Cohen, Andrew Arato, **Sociedad Civil y Teoría Política**, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Estamos en el umbral de otra gran transformación de la autocomprensión de las sociedades modernas. Se han hecho muchos esfuerzos desde varios puntos de vista para darle un nombre a este proceso: los términos ambiguos `sociedad postindustrial´ y `posmoderna´ reflejan los puntos de vista de preocupaciones económicas y culturales. Nosotros estamos interesados en la política. Desde esta perspectiva, los cambios que ocurren en los conflictos sociales y en la cultura política están deficientemente caracterizados por términos cuyos prefijos implican `después´ o `más allá´. Ciertamente, por una variedad de razones empíricas y teóricas, los antiguos paradigmas hegemónicos se han desintegrado, e igual a ocurrido con las certidumbres y garantías que los acompañaban. De hecho, estamos en medio de un resurgimiento notable del pensamiento político y social que se ha estado produciendo durante las últimas dos décadas (:2).

Desde nuestra perspectiva, suscribimos completamente, la opinión de Michael Hardt y Antonio Negri¹⁷, sobre la completa inutilidad que comporta continuar argumentando “a favor” o “en contra” de la *posmodernidad*, “cuando irrevocablemente formamos parte de esta nueva época”, contentiva de eso que se ha llamado “la edad global”. Pero la más importante consecuencia de este hecho, en relación al problema central que hasta ahora hemos tratado, la adecuación entre el pensamiento sociológico y los procesos sociales, es la afirmación hecha por estos autores, en el sentido de que “si hemos de formular una crítica o una alternativa al estado de cosas actual, debemos hacerlo desde adentro “(:22). Esfuerzo que supone no el sólo ejercicio intelectual de correlación de una teoría con otra, sino “la sinergia de los esfuerzos encaminados a aprehender y criticar el objeto de nuestro estudio” (:26).

17 **El trabajo de Dionisos**, Madrid, Ediciones Akal, S.A., 2003, P.22

El problema de la validez teórica, sigue siendo el mismo que ubicamos en Wolin, al principio de este escrito: *cuánta realidad se está en capacidad de aprehender*. Cuánto y cómo se construye teóricamente el tejido de determinaciones posibles como se expresa esa especie de sustancia del mundo actual, *posmoderno*, que Touraine resumió en: 1) disociación de la racionalidad instrumental y el universo simbólico, de la economía y las culturas; y 2) desplazamiento del *orden social* por el movimiento y el flujo infinito –atemporal- del sistema. La *sinergia de esfuerzos* a que nos convoca Negri y Hardt es una invitación demasiado sugestiva hacia un ejercicio de *crítica teórica incluyente* que privilegia, en primera instancia, el estudio de los principales teóricos conservadores del mundo contemporáneo –liberales y neoliberales- como una de las maneras de “sumergirnos (a través de ellos) en la cultura hegemónica y comprender el fenómeno desde adentro” (cfr.: 26-27). Es un doble movimiento de *crítica* que supone tanto el esfuerzo de adecuación, implícito en el conocimiento de lo social que personalmente pretendemos (es decir, el propio intento por hacer válido nuestro planteamiento teórico), como el poner de relieve la validez –o *actualización-teórica* de esos –*otros*- autores que, indudablemente, como decía Wolin, es una validez que se traduce en su *efectividad como forma de comunicación*; y por tanto, nos emplaza a *poner en nuestra escena* “tanto lo que ese otro autor rechaza y omite silenciosamente, en el plano de las premisas fundamentales unificadoras, como lo que se propone como nuevo y diferente”. Nos compele a retomarles, aproximarnos a ellos como formas de conocimiento de lo social que ciertamente crean y a la vez también dan cuenta de un mundo común vivido.

Desde esta propuesta, nos parece muy significativo resaltar, a título ilustrativo, las coincidencias que ubicamos entre los dos elementos sustanciales de la

posmodernidad que plantea Touraine, y dos de los elementos sustanciales que a juicio de Hardt y Negri caracterizan también a la posmodernidad y que, a su vez, se reconfiguran en el planteamiento teórico de Jonh Rawls, en lo que ellos han llamado la “máquina jurídica descentrada posmoderna” (:50). Esto es: 1) la aceptación de un sujeto unitario abstracto dentro de sus límites, y 2) el movimiento sistémico atemporal e infinito.

Lo que en Touraine se presenta como disociación del universo instrumental y simbólico, en tanto dislocación del Estado que integra las exigencias económicas y las demandas sociales, es decir, del Estado como expresión de una idea de contrato social que sustenta la resolución del conflicto social en una idea contextualizante del Bien; se expresa en la “posmodernidad Liberal” de Rawls como una radicalización de la abstracción del mundo de la política del mundo conflictivo de lo económico y social en general, como requisito para lograr el *solapamiento* del consenso y que elimina la comprensión política misma por parte de los actores involucrados. Para Negri y Hardt, este movimiento conceptual en Rawls, que *despolitiza la política porque elimina de ella su esencia: el conflicto*, se traduce como una “teoría de la justicia androide” (:51) en la que reconocen la supresión del trabajo vivo en el ordenamiento jurídico¹⁸.

De igual manera, el desplazamiento de la idea de *orden social* por el flujo sistémico - infinito y atemporal-, se incardina, para Negri y Hardt, en la misma supresión del trabajo vivo y de despolitización de la política en Rawls, que deviene “sistema mecánico y pragmático de contrapesos entre *imputs* sociales abstractos cuyo

18 “En primer lugar, aunque el sistema alude a menudo a pluralidades, sólo acepta un sujeto unitario abstracto dentro de sus límites. Una unidad posmoderna no se crea mediando o incluso forzando al orden a una multiplicidad, sino, por el contrario, abstrayendo de un campo de diferencias para liberar el sistema y formular de tal suerte una unidad genérica” (:50)

fin es alcanzar el equilibrio necesario para el orden y la legitimación” (:54). La sociedad, tal como ocurre en el sistemismo de Nicklas Luhmann, es lógica funcional de una maquinaria sistémica y sus disfunciones estructurales, que anula al sujeto cuando radicaliza la producción y empleo de sentidos en los sistemas, y anula el futuro –como superación del presente- al insertar su dinámica en las redes funcionales de autoafirmación.

Sujeto y tiempo histórico son dos conceptos que permiten resumir dónde está el nervio del cambio. Dónde comienza esta postmodernidad en la que se subsumen las nuevas formas de complejidad social como profundos procesos de diferenciación societal y funcional del capitalismo tardío. Ese punto exacto donde Luhmann advertía el advenimiento de la *sociedad sin centros* y la abdicación del Estado como eje de la representación y coordinación de *intereses generales* de la sociedad. Todo ello traducido en la emergencia hegemónica de un orden social *polimorfo*, que cuestiona, elude y excluye la función integradora-centralizante de la política moderna referida a su sustancia de resolución del conflicto, así como la pérdida de su temporalidad ante la emergencia de las racionalidades específicas y diferenciadas que despliegan sus dinámicas particulares en completa asintonía estructural.